

## NOTAS

### SOBRE EL BARNACLAS DEL *PERSILES*

En el capítulo doce del primer libro del *Persiles*, Cervantes describe el barnaclas. Periandro, Auristela y el resto de la comitiva llegan a una isla que "se llama Golandia" (p. 105)<sup>1</sup>, donde:

Hízose lumbre, pusiéronse las mesas, y sin tratar entonces de otra cosa, satisficieron todos la hambre, más con muchos géneros de pescados que con carnes, porque no sirvió otra que la de muchos pájaros, que se crían en aquellas partes, de tan extraña manera, que por ser rara y peregrina, me obliga a que aquí la cuente.

Híncanse unos palos en la orilla de la mar y entre los escollos donde las aguas llegan, los cuales palos, de allí a poco tiempo todo aquello que cubre el agua se convierte en dura piedra, y lo que queda fuera del agua se pudre y se corrompe, de cuya corrupción se engendra un pequeño pajarillo que, volando a la tierra, se hace grande y tan sabroso de comer, que es uno de los mejores manjares que se usan; y donde hay más abundancia dellos es en las provincias de Ibernia y de Irlanda, el cual pájaro se llama barnaclas (pp. 110-111).

R. Schevill y A. Bonilla, y luego la crítica posterior<sup>2</sup>, relacionaron esta descripción del barnaclas con lo que cuenta Olao Magno en

<sup>1</sup> Cito por la edición del *Persiles* preparada por J. B. AVALLE-ARCE, Castalia, Madrid, 1970.

<sup>2</sup> Véase *Persiles*, I, pp. 335-336 en *Obras completas de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, 1914. J. B. AVALLE-ARCE, en la nota 80 de su edición del *Persiles*, da las mismas fuentes y en la introducción menciona la escueta referencia de Támara al barnaclas. Puede verse también L. ASTRANA MARÍN en "El barnacle de Shakespeare y el barnaclas de Cervantes: *La Tempestad* y el *Persiles*", *ABC*, 22 de marzo de 1958, p. 3. El mismo autor se refiere al barnaclas en su *Vida ejemplar de Miguel de Cervantes*, Madrid, 1958, t. 7, cap. 90. Sobre la procedencia de la voz *barnaclas* puede consultarse C. ROMERO, "Oviedo, Olao Magno, Ramusio. Nota sulla mediazione veneziana nel primo tempo della composizione del *Persiles*", en *L'impatto della scoperta dell'America*

el capítulo noveno del libro XIX de la *Historia de gentibus septentrionalibus*<sup>3</sup> y con el extenso relato que hace Torquemada en el libro segundo del *Jardín de flores curiosas* (*infra*, n. 8). Sin embargo, hay razones para pensar que ni la *Historia de gentibus septentrionalibus* ni el *Jardín de flores curiosas* pudieron ser el subtexto cervantino. En primer lugar, ninguno de los dos textos dice que el barnaclas sea un pescado, como puede leerse al principio del fragmento citado del *Persiles*. En segundo lugar, ni Olao Magno ni Torquemada lo denominan *barnaclas*, sino *ánade*. Y por último, ni uno ni otro hacen de Golandia el lugar donde anidan estas aves.

Si repasamos la mitología del pájaro barnaclas, dejando al margen la denominación, podemos observar varias fases en la gestación de su leyenda. Una primera fase se inscribe en la tradición medieval del gusto por el género de los *mirabilia*, entre los que destaca la descripción de árboles que tienen pájaros por frutos, descripción que se convirtió en un *topos* frecuentado por los libros medievales de viajes. En el siglo XIV, el *Libro del conocimiento*, escrito al parecer hacia 1350 por un franciscano anónimo, cuenta que en Hibernia “avía árboles que la fruta que lleuauan eran aves muy gordas y estas aves eran muy sabrosas de comer . . .”<sup>4</sup>. Otro texto de la misma época, el *Libro de las maravillas del mundo* atribuido a Juan de Mandeville y escrito originariamente en francés, advierte ante los impresionantes frutos de Catay “car assí bien havía árboles en nuestra tierra qui trahen fructo qui deviene ave volant, e son estas aves buenas para comer e los qui cahen en tierra madurant luego”<sup>5</sup>. Una segunda fase, en la que se da una versión algo más elaborada, supone que el barnaclas nace de los frutos de ciertos árboles. Esta versión fue difundida por Eneas Silvio Piccolomini en su *Asiae*

*nella cultura veneziana*, ed. A. Caracciolo Aricó, Bulzoni, Roma, 1990, pp. 135-173.

<sup>3</sup> Allí se lee (cito por la ed. de Roma, 1555): “Praeterea alius Scotorum scriptor, qui diligentius rerum secreta pertractat, dicit in Orchardibus ex quodam fructu arboris cadente in mare, generare anates: qui paululum suscriptis alis evolant ad domesticas vel sylvestres”.

<sup>4</sup> Cito el *Libro del conocimiento* por la edición de M. Jiménez de la Espada, Madrid, 1877, figura VII, p. 20.

<sup>5</sup> Este libro entró en España por dos caminos: una traducción al aragonés del original francés y una versión castellana sobre una traducción latina, de la que se conservan varios ejemplares del siglo XVI. Tomo la referencia de *Libros españoles de viajes medievales*, selección preparada por J. Rubio Tovar, Taurus, Madrid, 1986, p. 162. En la traducción inglesa del *Libro de las maravillas del mundo* se lee *bernakes*, según registra el *Middle English Dictionary*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1956.

*Europaeque elegantissima descriptio*. Según el ilustre humanista, en las Islas Óreadas hay unos árboles frutales cerca de un río. Al madurar los frutos, unos caen en la tierra y otros en el agua<sup>6</sup>. Estos últimos se metamorfosean en seres animados y echan a volar cuando les salen plumas<sup>7</sup>. En una tercera fase, se hace nacer al barnaclas de la madera putrefacta. Esta versión es la que da Héctor Boecio en su *Scotorum historia*. A diferencia de Eneas Silvio, Boecio considera que el barnaclas no se engendra de fruto alguno, sino de la podredumbre de la madera<sup>8</sup>. En esta versión

<sup>6</sup> Variante intermedia entre la versión de Eneas Silvio y la que hace del barnaclas un animal acuático, es la que da Mosen Diego de Valera, en su *Crónica de España abreviada*: él supone que los frutos que caen en el agua se convierten en peces y los que caen en tierra en aves (*apud* SCHEVILL y BONILLA, p. 336).

<sup>7</sup> Díez de Games explica en *El Victorial* (siglo XIV) que Inglaterra debe su nombre a las maravillas que de ella se cuentan. Entre las cosas maravillosas que relata, habla de: “unas aves que llaman vacares, que nazen de los árboles. E dizen que son nascidos en esta manera. Dizen que están estos árboles nascidos en la peñas, sobre la mar, e que fazen unas grandes flores coloradas. E que, pasada la flor, queda un gran capillo; e que allí se cría poco a poco. E que como va creçiendo, quélgase ayuso. E diz que los been estar ansí colgados, e figurados ya los pies e los querpos. E quando es ya el tiempo que son de sazón, como las otras frutas, caen de los árboles, que están colgados del pico. E al arrancar del árbol, da un grand grito. E el que á bentura de caer en el agua, nada luego e bibe. E los otros que caen en tierra e non pueden alcanzar a la mar, sécanse allí e mueren”. Pero Díez de Games, que no parece muy convencido de la veracidad de este prodigio, decide informarse y habla con un inglés, el cual le explica que estas aves anidan siempre en los mismos árboles y, una vez empollados los huevos, desaparecen: de ahí la creencia de que los huevos son del árbol. Cito *El Victorial* por la ed. de J. de Mata Carriazo, Espasa-Calpe, Madrid, 1940, p. 280.

<sup>8</sup> TORQUEMADA en el libro II del *Jardín de flores curiosas* resume perfectamente las tres versiones: “. . . Alejandro [Alessandro d’Alessandri], en los *Días geniales*, escribe que en Inglaterra, a la parte que la isla mira al poniente, cuando algunos navíos se quiebran y las tablas o maderas de ellas vienen a parar en la ribera, con la continua humedad del agua engendran o producen de sí unos hongos que, a pocos días, parecen están animados y comienzan a menearse, y poco a poco vienen a crecer y criar pluma, y la parte con que están presos en la madera de la misma manera se hace como dos picos, y arrancándose la ave, comienza a volar y se sube en el aire. De diferente manera lo cuenta el Papa Pío, cuyo nombre se dijo Aeneas Silvio, el cual dice que en Escocia, a la ribera de un río, nacen unos árboles cuyas hojas, cayendo en el agua y podreciéndose, engendran en sí un gusano que poco a poco va creciéndose y emplumece, y levantando sus alas, vuela y anda por el aire. Casaneo, en el *Catalogus gloriae mundi*, en la docena parte, lo trata por otra vía, diciendo que en Inglaterra hubo en otros tiempos un árbol milagroso a las riberas de un río, el cual producía un fruto que era semejante a unas aves que

está ya implícita una confusión que apunta hacia otro estadio de la leyenda del barnaclas. En el siglo XVI, el término inglés *barnacle* designaba el ave y un crustáceo (una modalidad de cirrópodos que viven adheridos a las rocas o a la madera). Dejando al margen las diferentes teorías sobre la procedencia y evolución de la voz, parece ser que su homonimia dio lugar a que se pensase que *barnacle* se refería a una sola criatura. Es esta confusión entre ave y crustáceo la que fundamenta la cuarta fase de la gestión de la leyenda del barnaclas, que lo supone nacido en una suerte de conchas. Esa última versión, que emerge en la segunda mitad del siglo XVI, tiene sus raíces en un texto medieval: la *Topographia hibernica* de Giraldus Cambrensis, obra que aunque escrita en el siglo XII y editada en 1584, fue la fuente en la que se documentaron los historiadores y geógrafos que escribían sobre Irlanda. Sin embargo, esta versión del nacimiento del barnaclas se conocía en Europa antes de publicarse la *Topographia hibernica*<sup>9</sup>. En efecto, Abraham Ortelio, en su *Theatrum orbis terrarum*, se ocupa en dos ocasiones del barnaclas: cuando habla de las Islas Hébridias y cuando habla de Irlanda. En el primer caso sigue a Boecio y supone que el barnaclas nace de la madera podrida. Pero cuando escribe sobre Irlanda hace la siguiente descripción, remitiéndose al texto (todavía inédito) de Giraldus Cambrensis:

Mas por este libro no se haya impreso, y así le tienen pocos: comunicamos aquí a los estudiantes, sacado d'él cuanto en esta nuestra plana cupiere; entendiendo que no les hacemos poco plazer... Porque de la leña de la haya balteada por la mar, primero nascen como gomas, después quedan colgadas por los picos a las ovas apretando el leño para mejor ser formadas encerradas en sus conchas. Y así están hasta que con el tiempo vestidas todas de pluma o caen en el agua o se levantan a volar libremente en el aire... No se engendran estos huevos como los demás d'el ayuntamiento; ni

se llaman ánades, y que cuando se ya iba madurando, se caía, y los que aceraban a caer en tierra, del todo se podrecían; y los que caían en el agua, se hacían luego vivos y comenzaban a andar, y creciéndoles las plumas y las alas, en poco tiempo volaban". Cito el *Jardín de flores curiosas* por la ed. de G. Allegra, Castalia, Madrid, 1982, pp. 204-205.

<sup>9</sup> Para una información más completa sobre la metamorfosis del crustáceo en ave, M. MÜLLER, "Modern mythology", *Lectures on the Science of Language* delivered at the Royal Institution of Great Britain in February, March, April and May 1863, t. 2, pp. 552-571. Puede consultarse también L. THORNDIKE, *A history of magic and experimental science*, New York, 1923-1934, ts. 4 y 6.

para sacarlos, es menester que el ave se acueste sobre ellos y así en algunas partes de Irlanda suelen comer estas aves en tiempos de ayunos, no las teniendo por carne, por no ser nascidas de carne<sup>10</sup>.

Esta cita de Ortelio refleja la metamorfosis del crustáceo en ave, pero también la ambigüedad en cuanto a su naturaleza, que persistirá en las dos centurias siguientes. Todavía en el siglo XVIII no se tenía muy claro si el barnaclas era ave o pez, como puede verse en el *Diccionario castellano* de Esteban de Terreros y Pando, bajo *barnacle*:

Nombre que dan los ingleses a un pescado de pluma, que dicen sale de la madera podrida de los navíos, donde se debe creer se habían puesto los huevos. Estas aves, o como otros quieren, peces, son tan grandes como pichones, y vuelan juntos en manadas, que algunas veces pasarán del millar. En muchas partes los comen en Cuaresma como verdadero pescado; y así unos dicen que es una especie de ostra o almeja.

El texto del *Persiles* se inscribe en esta última fase que hace del barnaclas un pescado. Sin embargo, en la descripción cervantina hay una suerte de sincretismo: persisten en ella versiones anteriores, y aun elementos ajenos a la tradición del barnaclas. En efecto, el discurso autorial deja claro que se trata de pescados, en las palabras introductorias: “satisficieron todos la hambre más con muchos géneros de pescados que con carnes, porque no sirvió otra que la de muchos pájaros que se crían en aquellas partes. . .”. En cambio, en la descripción propiamente dicha, Cervantes remite a la versión de Boecio que hace nacer el barnaclas de la madera putrefacta: “lo que queda fuera del agua se pudre y se corrompe, de cuya corrupción se engendra un pajarillo”. La frase “de allí a poco tiempo todo aquello que cubre el agua se convierte en dura piedra” introduce un elemento nuevo y, a la vez, ajeno en la descripción del barnaclas. Parece referirse a una

<sup>10</sup> Cito el *Theatrum* de Ortelio por la traducción castellana, *Teatro d'el orbe de la tierra*, Amberes, 1602, p. 14. No he cotejado todas las ediciones del *Theatrum*, pero probablemente este texto (que no aparece en la *princeps* latina de 1570 y sí en la edición de 1584) figura ya en la edición latina aumentada (*aditamentum*) de 1573. Para hacerse una idea de la complejidad y difusión de este atlas, antes de la muerte de Ortelio (1598) había veintiocho ediciones diferentes en latín, alemán, holandés, francés e italiano, sin contar los epítomes. Para más información puede verse J. H. HESSELS, *Dutch Reformed Church of Austin Friars*, London, 1887, pp. xxvi-li.

extraña propiedad de ciertos lagos de Irlanda, en virtud de la cual, si se hincaba o se echaba un madero en el agua, se convertía en piedra<sup>11</sup>. Pero la imagen de la madera convertida en piedra es anfibológica, porque puede interpretarse también como madera endurecida por la adhesión de cirrópodos. Cabe preguntarse si Cervantes conocía el barnaclas crustáceo. En el *Quijote*, II, cap. 6, Don Quijote le explica al ama la obligación de los caballeros andantes de enfrentarse con todo aquel que se interponga en su camino, lo mismo si se trata de caballeros que de gigantes: “aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado que dicen que son más duras que si fueran diamantes”. Pero Cervantes no sólo habla del barnaclas como un animal marino sino que lo llama por el nombre autóctono de *barnaclas* y lo describe en la isla de Golandia.

En efecto, Cervantes no lo llama *vacare* (como Díez de Games), ni *ánade* (como Olao Magno y Torquemada), ni *ánsar* (como Pedro Ordóñez de Cevallos)<sup>12</sup>, ni *barnace-bernace* (como dicen la *Topographia hibernica* de Giraldus Cambrensis y las ediciones del *Theatrum orbis terrarum* de Ortelio), sino *barnaclas*<sup>13</sup>. En el español del siglo XVII, la voz *barnaclas* no era, como tampoco lo es en la actualidad, una palabra común. No está documentada, que se sepa, con anterioridad al *Persiles*<sup>14</sup>. De ahí que la crítica cervan-

<sup>11</sup> La idea de clavar los maderos en el mar puede venir del *topos* del madero endurecido por el agua de ciertos lagos del norte. En efecto, ALONSO DE SANTA CRUZ, a propósito de Irlanda, da noticia de la existencia de “un lago de contraria natura en el cual hincando un madero y dexando lo estar por algún tiempo se convierte en hierro y lo que queda en el agua se haze piedra”, *Islario general de todas las islas del mundo*, ed. y pról. de A. Blázquez, Madrid, 1918, p. 72.

<sup>12</sup> Según ORDÓÑEZ DE CEVALLOS, “en Pomonia hay un árbol que si cae su fruto en el agua se vuelve ave como ánsares”, *Viaje del mundo*, Madrid, 1616, p. 276.

<sup>13</sup> SCHEVILL y BONILLA en su extensa nota revisan las diferentes grañas vigentes en el siglo XVI y XVII, y dicen (p. 336) que Jerónimo Cortés Valenciano, en su *Libro y tratado de los animales terrestres y volátiles con la historia y propiedades dellos*, habla de un ave llamada *berneca* o *barliata*. Véase también el trabajo de C. ROMERO citado en la nota 2.

<sup>14</sup> Tampoco en italiano aparece haber documentación temprana. El Diccionario de la Academia de la Crusca da la tardía fecha de 1671 para *barnacla*. En inglés está documentada desde la Edad Media, según el *Middle English Dictionary*. El *Herball* (1597) de J. Gerard trae *barnakles*, pero es improbable que Cervantes lo conociera (tomo la referencia de MÜLLER, p. 558). Lo mismo cabe pensar del texto del siglo XIII atribuido a Federico II, emperador de Alemania, *De arte venandi* que trae *bernecla*.

tina se haya preguntado por su origen. Schevill y Bonilla explicaron la palabra suponiendo que Cervantes la tomó de textos italianos. C. Romero, más preciso que ellos, cita un relato de viajes de amplia difusión en el xvii, aunque supone que Cervantes no debió de conocerlo. En efecto, en el *Diarium nauticum* de G. de Veer, marinero de la expedición de Barents al Círculo Polar Ártico, se habla del barnaclas<sup>15</sup>. En la tercera narración, De Veer relata cómo encontraron muchos huevos de *barniclae*, y reprende a los autores que, desconociendo dónde ponen estas aves los huevos, escriben que los huevos nacen de los árboles. Lo interesante de este relato es que da cuenta de la existencia de barnaclas en Groenlandia. Y es aquí donde puede estar la explicación al hecho de que Cervantes lo localice en Golandia. No hay ningún texto que hable de la existencia del barnaclas en Golandia. Sólo el relato de G. de Veer lo sitúa en Groenlandia. La razón es simple, se trata de aves oriundas de las regiones más septentrionales que pasan el invierno en las costas del archipiélago británico. Y, como explica el propio G. de Veer, nadie había llegado a aquellas latitudes hasta la expedición de Barents. Por eso no se tenían noticias de dónde ponían los huevos y la tradición las suponía autóctonas de las Islas Británicas y no de Groenlandia. Puede objetarse que Cervantes no habla de Groenlandia sino de Golandia, y la tradición hispánica unánimamente ubica la isla cervantina en el Báltico. Los estrechos márgenes de esta nota no permiten abordar un problema tan complejo como el itinerario del *Persiles*, pero es posible hacer algunas precisiones sobre el nombre de la isla. Independientemente del lugar al que se refiera la Golandia cervantina, si es que se refiere a alguno, lo cierto es que se trataba de un nombre obligado para cualquier relato que situase sus aventuras en el septentrión. Existían al menos cuatro

<sup>15</sup> Aunque no a propósito del barnaclas, el primero en relacionar el texto cervantino con el relato de G. de Veer fue C. LARSEN en "Ideas de Cervantes acerca de los países septentrionales", *La España Moderna*, 1906, pp. 21-46. Del texto de G. de Veer existen numerosas ediciones y, a juzgar por los ejemplares conservados, tuvo amplia difusión en el siglo xvii. Se editó primero la edición alemana en 1598. Pocos meses después apareció la traducción latina con el nombre de *Diarium nauticum* en Amsterdam, 1598. En ese mismo año se tradujo al francés. Al año siguiente apareció una traducción italiana en Venecia. Existen numerosas ediciones de este texto, Ramusio lo incluyó en la cuarta edición (1606) de sus *Navigazioni et viaggi*. Para una información detallada sobre las distintas ediciones, cf. la introducción a la primera edición en *Three voyages of Willians Barents of the Arctic Regions (1594, 1595, 1596)* de Gerrit de Veer, Burts Franklin Publisher, New York, 1964.

lugares con nombres semejantes: Groenlandia (también denominada Grotlandia, Gruntlandia, etc.), Grocland (isla al noroeste de Groenlandia), Gothia (región en el sur de la península escandinava) y Gotland (isla del mar Báltico). A menudo estos nombres se confundían, como puede leerse en *L'isole più famose del mondo* (1572) de T. Porccachi. Este autor escribe a propósito de Gotland: "È detta Gotlandia, che vuol dir buona terra (benché Grutlandia la dicano non rettamente alcuni)". Después, cuando trata de la guerra entre los habitantes del lugar y las grullas, vuelve a aclarar que "questi particolari a gli abitanti non della Gotlandia, ma della Grutlandia da alcuni scrittori viene attribuita: le quali (como ho detto al principio) sono l'una dall'altra lontane e differenti)". Temiendo en cuenta esta confusión, la ubicación del barnaclas en Golandia puede apuntar hacia un contacto con la realidad circundante, contacto que no le impide a Cervantes conocer la tradición, porque, según nos dice el autor, "donde hay más de ellos es en las provincias de Ibernia y de Irlanda". Y por si no le quedase claro al lector, cuenta, a continuación, la historia de Transila, oriunda de una de las siete islas circunvecinas a Hibernia.

En suma, Cervantes en un sincretismo singular concilia en su descripción dos versiones diferentes de la legendaria gestación del barnaclas: la creencia de que el barnaclas es un pescado y su nacimiento de la madera putrefacta. Pero, además, introduce elementos ajenos que se acomodan a su propósito, como el *topos* de la extraña propiedad de ciertos lagos del norte de endurecer la madera. Junto a este profundo conocimiento de la tradición, afloran indicios que vinculan al artista con su contemporaneidad: el nombre de *barnaclas* y la localización en Golandia. A la luz de estas semejanzas con la realidad cabe especular y preguntar si serán algo más que coincidencias, si Cervantes habría oído o leído lo que contaban los exploradores de las tierras polares, y si la relación entre Golandia y el barnaclas no tendrá que ver con ese profundo conocimiento de su tiempo con que siempre nos sorprende Cervantes. Sea como fuere, una reflexión se impone: la reserva con que hay que acoger cualquier fuente que pretende explicar por sí sola el quehacer cervantino. En el caso que nos ocupa, ni Torquemada ni Olao Magno explican las pistas dispersas que hacen del autor del *Persiles* un hijo de su tiempo.